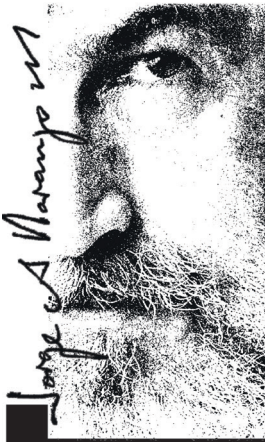
Biblioteca

Los caminos del corazón

JORGE ALBERTO NARANJO MESA

Editorial EAFIT

Naranjo Mesa, Jorge Alberto, 1949-2019
Los caminos del corazón / Jorge Alberto Naranjo Mesa ; prólogo Nicolás Naranjo Boza – 3a ed. – Medellín : Editorial EAFIT, 2022
261 p. ; 21 cm. -- (Biblioteca Jorge Alberto Naranjo Mesa).

ISBN 978-958-720-796-5
ISBN: 978-958-720-797-2 (versión Epub)

1. Novela colombiana - Siglo XX. 2. Novela amorosa colombiana – Siglo XX. 3. Literatura colombiana - Siglo XX. I. Naranjo Boza, Nicolás, pról. II. Tít. III. Serie

C863 cd 23 ed.
N218

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Los caminos del corazón

Biblioteca Jorge Alberto Naranjo M.
Primera edición: Ediciones El Bolsillo Roto, Medellín, 1991
Segunda edición: Editorial UdeA, Medellín, 1999
Tercera edición: Editorial EAFIT, Medellín, 2022

© Herederos Jorge Alberto Naranjo Mesa
© Del prólogo, Nicolás Naranjo Boza
© De esta edición, Editorial EAFIT
Carrera 49 No. 7 sur - 50
Tel.: 261 95 23, Medellín
http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial
Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-796-5
ISBN: 978-958-720-797-2 (Epub)
Edición y dirección editorial: Claudia Ivonne Giraldo G.
Corrección: Gustavo Adolfo Giraldo Giraldo
Diseño de la Biblioteca Jorge Alberto Naranjo Mesa: Alina Giraldo Yepes
Imágenes internas: Caligrafía y dibujos de Jorge Alberto Naranjo Mesa
Imagen de carátula: Melancolía (1513) de Alberto Durero, Alemania, 1471-1528

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial
Editado en Medellín, Colombia

La Biblioteca Jorge Alberto Naranjo M. recoge la obra escrita, publicada o inédita de quien fuera el profesor, el amigo, el hombre que marcó a varias generaciones con su fuerza y su palabra intensa y profunda; un ser humano que era como un dínamo de pasión por la vida, por el conocimiento, por el amor. Un maestro riguroso que no se permitía ni apoyaba la mediocridad o la mentira.

Rendimos homenaje con esta Biblioteca a Jorge Alberto, a su risa contagiosa, a su talante y rectitud, a su mirada inolvidable, a su escritura deslumbrante, a su legado y testimonio de una vida cumplida a cabalidad.

Claudia Ivonne Giraldo

Contenido

Para leer *Los caminos del corazón* 9

Margarita González 111

El ángel caído 163

Las andanzas de Amador Flauta 217

Los caminos del corazón

Margarita González

1

Margarita González me gustó desde el primer instante. La conocí de mañana, un día nebuloso, en la cafetería de la universidad en donde ella estudiaba y yo trabajaba. Recuerdo bien su figura. Pero no la describiré todavía porque no me creerían. Esperaré un poco, hasta que tengan interés por conocerla. Sólo diré por ahora que, esa mañana, Margarita González entró a la cafetería de la universidad como entra la primavera en los camposantos. Y no diré más.

Era dulce, dulce, Margarita González. Se puso a vibrar el aire, se puso a vibrar la gente, vibró el espíritu, el cuerpo entero vibró cuando entró por la puerta de la cafetería de la universidad donde ella estudiaba y yo trabajaba. Pero después de venir, ver y vencer salió y terminó la vibración del aire, y todo lo demás, y quedó sólo una fiesta fúnebre de madrugadores en la cafetería y yo que nunca duermo.

Y quise correr tras Margarita González, y decirle que tenía sueño, que estaba cansado, que ella era muy linda, como las princesas de los cuentos de hadas,

y que yo era el príncipe azul,

pero me pareció que correr era jugar a los cuentos de hadas, y Margarita González no era un hada,

no me perdonaría mi equivocación,

y decirle que era muy linda no tenía sentido, porque seguramente sabía que era linda, muy linda,

y decirle que estaba cansado era una mentira, porque Margarita González no comprendería el cansancio, le parecería mentira, y a mí también me parecería mentira,

y decirle que tenía sueño era una melancólica confesión, porque sabía que yo estaba dormido, soñando con ella, y que soñaba que estaba despierto extasiado ante su dulce presencia.

Y no podía correr porque era hora de dictar clase

y me fui a dictar clase, soñando con Margarita González.

2

Intermitentes visiones de Margarita González. Cafetería de la universidad, otra mañana nebulosa. Un amigo suyo y discípulo mío —pedante amigo, pésimo discípulo— me aburría con historias de camposantos. En ese momento entró ella y se puso a vibrar el aire etc. y le dije a mi discípulo —yo que siempre estoy despierto y me había dado cuenta de todo— que Margarita González puso a vibrar el aire etc. y él me dijo

que esa vibración se llamaba Margarita González, y que el temblor de la gente se llamaba Margarita González, y se rió, y me dijo que el espíritu y el cuerpo vibran al unísono cuando se presenta, y que mirara cómo era de linda.

Y se acercó a la mesa en donde estábamos su amigo —mi discípulo— y yo, y saludó al amigo —y miré al discípulo— y él dijo que Margarita González puso a vibrar el aire etc. y me pareció estúpido, a ella también, y nos despedimos: ella de su amigo, yo de mi discípulo, y ella salió de la cafetería de la universidad etc. y el aire dejó de vibrar, la gente volvió a respirar, mi alma comenzó a suplicar: vuelve, vuelve, Margarita González.

3

Intermitentes visiones de Margarita González. A veces caminaba, por placer o por deber; a veces los sábados. Los sábados jugaba tenis Margarita González, en las canchas de la universidad en donde ella estudiaba y yo trabajaba. No era sólo el aire lo que vibraba: yo la veía, cada sábado, por casualidad, venir por el camino del azar, con su vestido blanco, con su sonrisa embrujadora, con su dorada cabellera, con su raqueta de tenis, venir hacia mí,

Diotima de Hölderlin clandestino
Beatriz de un Dante redimido
Laura de Petrarca dodecafónico
Margarita de los camposantos,

y pasar, indiferente, por mi lado, y dejar mi corazón acongojado, mientras se marchaba hacia la cancha de tenis de la universidad en donde ella estudiaba y yo trabajaba, y no era solamente el aire que vibraba,

era una Poesía que alentaba en mí
era una queja de amor que despertaba
era una dulce pena de amor lo que pasaba

cuando pasaba Margarita González. Y me consolaba saber que algo tenía la belleza de inconsolablemente triste.

4

Así pasó mucho tiempo. Margarita González tan pronto aparecía como desaparecía. También yo. Pero debo decir que siempre estuvo su recuerdo en mi corazón crucificado. Y aunque nunca nos habíamos cruzado palabra, aunque nuestras miradas se desviaban a menudo,

…ella era el camino de la vida, que insistente
llegaba hasta el umbral de mi alma solitaria…

Mucho tiempo… mucho tiempo después, abandoné mi mortaja y mi lugar del camposanto y me puse a derivar…

… y en la deriva pasabas, Margarita González,
…y en la deriva te hundías, Margarita González

Mucho tiempo... mucho tiempo después regresé, me puse mi mortaja con negro placer y ocupé mi lugar del camposanto y me puse a explicar...

Hablé del silencio, de la noche y de los muertos. Y la red de mis palabras extendía el silencio, y se tejía la noche con mis proposiciones obscuras. Pero los muertos revivían en mis paisajes literarios, y mi muerte se volvía deseable...

... dicen que Margarita González, para oírme, debió vencer la oposición del camposanto entero. Yo no tengo noticia cierta de ello. Y ya no puedo averiguarlo.

... dicen también que, de celos, un automóvil del camposanto intentó arrollar a Margarita González cuando me buscaba para oírme... No creo que fueran celos. ¿Por qué habrían de tener celos de nosotros? Si ni siquiera de lejos había nada parecido a un nosotros...

Ella venida de la Luz, Señora del Poder Solar
Y yo con residencia en lo Obscuro, Amo y Señor de los Abismos
¿cómo formar un nosotros?

Yo no sé. Sin embargo, en las noches en que la recuerdo, mi recuerdo preferido es aquel de Margarita escuchando el sonar de mi silencio, visitando mi residencia espiritual en la noche; y más bello se torna si imagino a Margarita escuchando sin ser vista, al acecho de las tonalidades de mi alma. Y si

quisiera hacer el recuerdo más patético, me basta con pensar que Margarita González asistió a mi conferencia con una pierna herida a raíz del accidente. Ahora bien, si introduzco la intención del camposanto de arrollarla el recuerdo adquiere un tenue matiz de horror, lo cual no me molesta en absoluto, a mí que ya no siento horror.

Y así sucesivamente, coloreando mis recuerdos, imagino que ya antes estuvimos juntos, en un nosotros, ella situada en lo Obscuro para aclarar la obscuridad, yo colocado en la Luz para atemperar su brillo estrepitoso.

… pero sólo son recuerdos. Nosotros... nunca... hicimos... nada... por nosotros...

5

Nuevas intermitentes visiones de Margarita González.

… No supe sino hace muy poco tiempo lo del accidente de Margarita. Lo mismo respecto de su asistencia a mi conferencia de entonces. No la vi, simplemente, no la vi. ¡Y ella había llegado hasta el fondo de mi noche! Durante mucho tiempo no volví a verla.

Muchos meses después del accidente y las muletas de Margarita González me invitaron a dar un ciclo de conferencias en la universidad en donde ella estudiaba y yo trabajaba.

Mi muerte se multiplicaba, los hombres deseaban la muerte que yo insinuaba

para volver a nacer, hijos de sus obras, padres de su suerte.

Margarita González asistió de nuevo. Desde la primera conferencia pude verla, mirándome con ojos absortos, escuchándome como creo que nunca he visto a nadie escucharme. Y sentí un callado orgullo. Al finalizar la conferencia me vi rodeado por las mortajas del camposanto, colegas y estudiantes. Margarita se esfumó del aula de inmediato y todo me pareció vacío.

Salimos del aula y entramos a la cafetería de la universidad etc. Y me invitaron a un tinto. Yo la veía a lo lejos, pájaro azul de la esperanza inalcanzable, revolotear por dos, tres mesas vacías, buscar un sitio y finalmente sentarse, lejos de mí pero en el centro casi de mi campo visual, en ese punto en donde la imagen se hace más profunda que en cualquier otra parte.

(¡Ah Margarita González! No te llegaba mi secreto lamento, no me veías extraviado en ese anfiteatro del espíritu, buscando una salida para llegar hasta tu mesa, con torpeza, con increíble indiferencia por todo lo que se comentaba a mi alrededor, mirando fijamente hacia un punto vacío en la pared al fondo tuyo, sólo para conservar tu presencia inmutable más allá de la presencia de los que me rodeaban, pedazos de cabezas, de ojos, cabelleras sucias y patibularias de mis verdugos...

… o tal vez sí te llegaban mis efluvios, mis súplicas para que te quedaras y me esperaras. Pero te llegaron débiles, muy débiles, y no pudiste convencerte de su sentido, y aunque esperaste largo rato no fue suficiente como para yo poder escapar y alcanzarte… ¿Pero quién puede saberlo ya?)

Al día siguiente volvía a haber conferencia. Escribí para ella los dos o tres párrafos más hermosos. Tu cuerpo y el mío, tus ojos y mi voz —le decía— son un solo cuerpo, un solo ojo, una sola voz, una sola alma. Pensaba mirarla en el momento de leerlos para que comprendiera de una vez… Pero ella no estaba sentada en donde yo creía localizarla (el puesto del día anterior), y aunque asistió a la conferencia no pudo saber que todo en mi escrito era un mensaje de amor que el Hijo de la Noche enviaba a la Señora de la Luz.

6

Así pasaron años. Sin nunca cruzar una palabra. Yo aprendía mucho del mundo disfrazado de mortaja, simulando morar en camposanto. Margarita González entretanto había terminado de estudiar su carrera en la universidad. De vez en cuando nos veíamos, en el pasillo de alguna universidad, en la cafetería de la universidad donde ella no estudiaba ya y yo tampoco trabajaba, encuentros casuales, furtivos; nos saludábamos con un ademán de la cabeza, familiarizados ya de tanto acecharnos. Pero nunca una palabra.

7

Un día, de ello hace unos seis meses, Margarita González fue a buscarme. Me encontró en la cafetería de la universidad donde ahora trabajo, conversando con la cofradía de la mortaja. La vi venir desde lejos, me distraje de la conversación —una importante conversación sobre la necesidad de que abandonara mi papel de escritor amateur y me volviera un profesional del verbo—, dejé de escuchar y me concentré en la nueva e increíble intermitente visión de Margarita González:

…el aire vibraba, el viento acariciaba suavemente sus cabellos que, ondulantes, parecían navegar por un río de luz. El sol era tibio, verdes los prados del campus. Era la primavera que llegaba, transmutando el camposanto….

"Una mujer no representa algo, no es una personalidad distinta y definida... Una mujer es una dulce y extraña vibración del aire que avanza, inconsciente e ignorada, buscando una vibración que le responda. O bien es una vibración pesada, discordante y dura para el oído que avanza hiriendo a todos los que se hallan a su alcance. Lo mismo sucede en el hombre..." – D. H. Lawrence, *Necesitamos los unos de los otros* –

... no sé cuánto tiempo se demoró en llegar hasta mí. La mañana se detuvo, esplendorosa, para esperar su avance. El sol permaneció un momento quieto para darle paso a su Luz

Serena. Después, en un instante todo volvió a ser como antes,

excepto el ritmo de mi corazón,
el acompasado fluir de mis pensamientos,
el estado de mi alma,

que se dispararon enloquecidos hacia la alta bóveda del cielo, para abrazar ese día que me la llevaba delicadamente, como una onda luminosa portadora de la Vida, hasta mi residencia poblada de sombras. Luz, Luz, Luz, gemía sin decirlo, que haya Luz y más Luz, que su camino atraviese el umbral de mi soledad, que me ilumine con más Luz.

8

Se acercó hasta la mesa. Nos habíamos saludado desde lejos, pero había seguido avanzando derechamente hasta mí, con lo que comprendí que me buscaba y tuve unos segundos para prepararme.

"Te buscaba a vos" —Así comenzó nuestro diálogo inconcluso. Tartamudeé: "Ah... ¿sí? ¿Me esperas un momento?"— "¡Claro!", y se retiró decidida de la mesa hacia el mostrador y pidió un tinto y se sentó a mis espaldas, sobre un muro de poca altura que bordea el frente de la cafetería. Yo no la miré, lo juro, pero la sentía con los ojos del espíritu —o con el

ojo, según las últimas averiguaciones de los teólogos—, sentía la dulce vibración que avanzaba, que se alejaba, que se estabilizaba de pronto, que regresaba y se quedaba, mansa, en un punto al lado derecho, a mis espaldas.

"¿Me esperas un momento?" —La frase retumbaba en mi cerebro, torpe, imbécil frase que aplazaba una vez más el momento sublime del encuentro. No tuve humor para seguir conversando con mis muertos, ni para pasar de escritor amateur a profesional, no quise calcular más y me levanté con rudeza, en un reproche tácito de mi cuerpo a la frase estúpida que no hacía sino reproducir la etiqueta de los cadáveres.

Margarita me esperaba, con actitud franca y despreocupada. Yo en cambio era una tempestad nerviosa que avanzaba a través de mil obstáculos. Ella quizá no se dio cuenta: quizá desde fuera mi semblante luciera tranquilo, adormilado. Disimulé mi nerviosismo haciéndole seña de que iba a comprar un tinto antes de llegarme hasta ella. Protocolos de cadáveres, mi querido Watson, repugnantes protocolos en los que se acoraza la cobardía humana.

Tinto pues. Y naturalidad, y cierta especie de abandono en la actitud: todo postizo en mí, no sé si en Margarita González. Saludo enmarcado en esclerótica sonrisa: "¿Cómo estás?" "Bien. ¿Y vos?" (ajá, es caleña)— "Bien... ahí,... trabajando bastante... aquí..." –y miraba alrededor con mis ojos asustados buscando un aquí en ese espacio desolado de la cafetería.

"¿Qué hacés aquí? Yo oí que dabas física, ¿cómo es eso?" –Que nadie diga que Margarita González no hacía las preguntas más pertinentes...

Le expliqué por qué enseñaba física, le conté que la física es interesante muy mucho interesante, y que a mí no me interesaba en el fondo pero sí en la superficie, para enmascarar mi amor por mi literatura de amateur.

... pude explicarle también que la física encierra una misteriosa Poesía, que la física es de una exquisita voluptuosidad, pero no se lo expliqué porque mi lógica de mortaja me indicó que la estrategia correcta era buscar la complicidad entrambos y no las insinuaciones amorosas.

"Ajá" —dijo Margarita González y se hizo el silencio.

De pronto ella y yo, al unísono, exclamamos, yo: "¿Para qué me bus..."; ella: "Te buscaba para..." Nos callamos, un poco desconcertados, nos miramos y nos sonreímos. Margarita González esperó todo el tiempo necesario para que yo preguntase de nuevo: "¿Para qué me buscabas?".

Con voz mohína, parpadeando los ojos entretanto, con un ademán de coquetería insoslayable: tomar toda su bella melena con la mano derecha y revolverla suavemente sobre su cabeza, me preguntó: "¿Quieres ser mi director de tesis?"

—"Sí", dijo automáticamente alguno en mí, el espontáneo que tan a menudo niega las facultades de mi intelecto, "sí", dijo, sin saber siquiera de qué trataba la tesis, sólo porque los bellos ojos de Margarita González lo habían cautivado y en realidad, en medio del embrujo, la pregunta que Margarita González había parecido hacerle no tenía nada qué ver con la tesis...

¡Inocencia diabólica de Margarita González! "¿Sí? ¿Sin saber *siquiera* en qué consiste la tesis?", decía, mientras mis ojos veían bien en qué consistía la tesis, y mis oídos la escuchaban... "¿Sin saber siquiera en qué consiste la tesis?", decía, y en su blue jean, en su blusa, en sus brazos, en su rostro, en su pelo, parecían aposentarse los rayos del sol matutino con no sé qué extraña flexibilidad,

y sobre ella se dormían los rayos del sol como sobre una estatua antigua, antigua, que sé oculta en la sierra Tarahumara,

mientras que sobre mí caía un sol quemante, y me sentía despojado de mi voluntad, turbado el entendimiento, borrada la memoria de mi identidad...

Margarita González: ¿no sabías que detrás de la escena que representábamos una escena más honda discurría implacable, una escena eterna,

y que en ella tú me llamabas
"ven, ven, amado mío"
y que en ella me expulsabas
"cuidado, cuidado, amado mío"

y que yo me perdía en tu llamado
me perdía en tí,
totalmente,
de una vez y para siempre,
diciéndote, "sí, sí, llámame,
que iré, que iré"
y que luego me expulsabas, Margarita González?